NAVEGANDO POR EL DESIERTO

Y ahí me encontraba yo, navegando por el desierto. Sola, abandonada mejor dicho, y confiando en el destino. ¿Cómo acabé aquí? Ni yo lo sé bien, así que explicároslo me costaría bastante. A decir verdad, no sé demasiado sobre nada, en general. No recibí una educación como es debido, ni tuve una familia que me enseñara a amar al prójimo, por lo tanto, el resultado no fue más que una simple criatura perdida por el mundo, sin rumbo ni identidad, vagando sola por el universo.

Llevo en este árido desierto más de dos meses, y aún sigo intentando escapar. Igual estoy en el desierto del Sáhara, o igual no. ¿Quién sabe? Lo que me importaba era llegar al mar, subirme en alguna embarcación y cruzar el mar, nada más que para salir de este infierno. Pedía direcciones a los turistas, pero no hablaban mi idioma, mis esfuerzos eran en vano...

Continué vagando por aquel desierto inexistente, intentando trazar una ruta en mi mente que no consistiera en caminar en círculos, siempre acabando en el mismo punto en el que comencé. La arena ardiente me abrasaba los pies, pero después de tanto tiempo allí, me había acostumbrado a sentir que en cualquier momento podría estallar en llamas. Por otro lado, las noches eran frías, heladas, y yo me envolvía en la arena como si fuera una manta de lana. No podría decir que era una sensación agradable, pues os estaría mintiendo, pero, la verdad es que te llega a parecer incluso cómodo, de vez en cuando. Como veis, mi rutina era simple: intentar sobrevivir. Andar, andar, y dormir. Así cada día, hasta hace una semana...

Creí que era una alucinación, que ya me estaba volviendo loca y que estaba perdiendo la cabeza, pero no, ¡era un oasis! Era un sueño hecho realidad, mis ojos podían divisar grandes palmeras, diversos tipos de flora que no había visto jamás pero que me parecían una maravilla, ¡y un lago incluso! Fue un momento de desesperación para mí. Corrí como no había corrido en mi vida, tropezándome con la arena y levantándome de nuevo, para llegar a aquel paraíso. Cuando llegué, me zambullí en el lago sin pensar. Tanto tiempo sin agua, sin sentir líquido en mi garganta, ni en mi piel incluso. Me sentí relajada, libre, viva. Era la primera vez en que me sentía viva en muchos meses. Mis párpados agotados no aguantaban, y lentamente, se cerraron.

Me desperté horas después, con la piel arrugada como una pasa. Salí del lago lentamente, estrujando la ropa para que el agua saliera y no me quedara tan húmeda. Mi pelo castaño, el cual me llegaba por la cintura, estaba mojado y me quitaba el calor que sentía en la cara, lo cual era un alivio. Me senté en la roca más cercana, mientras me trenzaba la melena. Sin embargo, oí unos pasos detrás de mí que avanzaban con cautela, y me estremecí. Me giré asustada, solamente para ver a un joven de piel oscura, de mi misma edad, apuntándome con un palo afilado. Grité aterrada. El chico se asustó también con mi reacción, y tiró el palo, el cual rápidamente agarré yo, y lo apunté hacia él. El joven levantó las manos indefenso, no parecía que quisiera hacerme daño, igual se creía que era algún tipo de criatura extraña, y había cogido el "arma" en modo de defensa propia.

-No voy a hacerte daño,- le tranquilicé, pues se le veía temblar. Le devolví el trozo de madera como ofrenda de paz. Él lo aceptó y me dedicó una sonrisa. Parecía majo, -¿cómo te llamas?

Él se sentó en el suelo y escribió en la tierra una palabra que me costó descifrar: *Mun*. No hizo falta preguntarlo, estaba claro que el pobre no sabía hablar.

-Qué nombre tan bonito,- le dije amablemente, -yo me llamo Alba.

Mun sonrió de nuevo, y me estrechó la mano con timidez. Al rozar mi mano con la suya, sentí un escalofrío. Hacía mucho que no tocaba la mano de alguien. Mun se levantó rápidamente y salió corriendo. Le seguí confusa, preguntándome adonde iría. Me adentré en la maleza poco a poco, hasta que llegamos a una pequeña guarida que mi nuevo amigo tenía organizada. Había un gran toldo hecho con hojas y ramas de árboles, enganchado a cuatro palmeras, formando una especie de cúpula protectora. En el suelo había piedras formando un pequeño camino (solamente era decoración), y había una montaña de hojas que formaban una almohada. Era precioso.

El resto de la tarde lo pasé explorando el oasis con Mun, desde lejos parecía una cosa diminuta, pero en realidad, este sitio era como un pequeño mundo, una isla en mitad del desierto por el que llevaba navegando meses. Me hice mi propia almohada (ésta era de flores), aprendí a construir mis propias armas para protegerme ante los ataques de criaturas salvajes, aunque en todo el día tampoco es que me hubiera encontrado con demasiadas, por no decir ninguna. Le enseñé a Mun varios juegos simples que él no conocía: tres en raya, piedra, papel o tijera, etc. También intenté ayudarlo a aprender a hablar, pero de su boca sólo salían extraños ruidos imposibles de interpretar, así que lo dejamos.

Aquella noche se me hizo eterna, apenas dormí. No fui a la guarida a dormir, sino que me quedé sentada a la orilla del lago, para reflexionar sobre mis planes. Mi intención era llegar al mar y salir del desierto, pero, técnicamente, ya había llegado a un "mar" y había salido del desierto, ¿no? Estaba segura de que no aguantaría demasiado de vuelta en aquel océano arenoso, y al final, ¿para qué? ¿Qué haría al volver a la civilización? ¿Irme a vivir con una familia que ni siquiera existe? Estaría sola de nuevo, y ya no lo podría soportar, sobre todo después de conocer a Mun, y saber qué significa tener un amigo de verdad.

Había cogido el machete de Mun sin querer. El pequeño y afilado cuchillo se encontraba a mi lado, y por impulso, lo agarré, y, sin pensar en lo que hacía, lo dirigí hacia mi cabello, y lo atravesó, y gran parte de mi larga melena cayó al suelo. Fue un alivio sentir toda mi espalda libre de carga, pero en el fondo, echaba de menos mi pelo...

A la mañana siguiente, me desperté tumbada en la orilla, rodeada del machete y una montaña de pelo castaño. Lo dejé donde estaba, era un recuerdo, al fin y al cabo. Me di un baño largo en el lago, y, al ver que Mun no aparecía, me fui a buscarle. Volví a adentrarme en la maleza, tratando de encontrar la guarida, pero mi amigo no estaba ahí, ni en ninguna parte. ¿Qué le habría pasado? ¿Me habría abandonado? Otra vez sola. Definitivamente, a este paso, me iba a volver una psicópata. ¿Cabía la posibilidad de que Mun no hubiera sido más que una simple ilusión? Igual me lo había imaginado, igual todo este oasis era un producto de mi imaginación,

igual toda mi vida no era más que una estúpida mentira. Ya no podía distinguir entre lo real y lo ficticio.

Huí, así de simple. Huí de aquel paraíso en el que había vivido el mejor y peor día de mi vida, dejando atrás mi pelo, mis nuevas armas, y posiblemente el único amigo que había tenido. Simplemente huí de todo eso. Salí del oasis hasta llegar a una duna, y comencé a subirla incansablemente, ignorando el sudor que me provocaba el sol y el esfuerzo, ignorando mi agotamiento, hasta que alcancé la cima. Me tiré al suelo como forma de rendición, para decirle al mundo que ya me había cansado de toda esta farsa, que ya no seguiría jugando a este juego al que llamaban vida...

Y mi tratado de muerte no se prolongó demasiado. Un pequeño escorpión apareció de la nada, y se acercó a mí lentamente, como si fuera un depredador, temiendo que su presa se escapara, pero no pensaba moverme de mi sitio, no se lo pensaba poner difícil. Cerré los ojos para no tener que ver cómo adentraba su aguja mortal en mi hombro, extendiendo veneno por mis venas...

Oí un crujido que me alarmó. Abrí los ojos como platos, y vi al escorpión muerto a mi lado, asesinado con un machete. El asesino no era otro que Mun. Éste se arrodilló junto a mí y me cogió la mano, y me volvió el escalofrío. Quería preguntarle donde había estado, por qué había desaparecido, pero mi boca no me obedecía, y no me salían las palabras, pero, afortunadamente, Mun leyó mi cara aterrada y me hizo una señal para que suspirara y me relajara, que me olvidara de todo lo malo, de que me quedaba poco tiempo. Creí que me iba a escribir un mensaje en la arena, pero en vez de eso, se aclaró la voz, y dijo tartamudeando:

-No cierres los ojos, no los cierres todavía.

Había aprendido a hablar, había conseguido comunicarse. Cuando él encontraba su voz, yo perdía la mía.

Y entonces, cuando llegó el momento contrario al alba, y los últimos rayos de sol desaparecían en el horizonte, Mun me susurró al oído, antes de que cerrara los ojos por última vez:

-Éste es tu nuevo alba, Alba. Aquí empieza tu nueva vida.

Paloma Caballero Soler